

PRÓLOGO

1. PREÁMBULO

Para mí, la poesía no fue pensar sino sentir. Así hice el primer poema de mi vida. Ni siquiera supe que lo iba a escribir, sólo sentí una intensa y profunda necesidad interior de liberar algo que me pesaba dentro, tomé un papel y un lápiz sin pensar en nada y escribí un soneto sin saber que lo estaba redactando. Cuando lo leí no lo comprendí enteramente, pero supe que eso era lo que quería hacer durante toda mi vida.

Por entonces, sin ninguna vocación, estudiaba medicina. Además, había optado por una vida aventurera y sin obligaciones de ninguna índole. Así que al internarme en los vericuetos de palabras que desconocía, mi espíritu aventurero sintió que ese era mi camino: descubrir mi pasado a través de imágenes empalabradas que surgían quién sabe de dónde.

Durante varios meses escribí, sin detenerme y a escondidas de todo el mundo. Sólo sabía que estaba despojándome del traje con el que había vivido mis primeros veinte años.

Cuando sentí que había roto con mi pasado adolescente lleno de frustraciones e ideas absurdas acerca del origen del mundo, decidí romper aquellos ochenta y cinco engendros y comenzar a buscar un camino para expresar mis angustias y pasiones.

Entonces, antes de iniciar el tránsito por el camino escogido, decidí buscar a los maestros que me guiarían por ese laberinto de palabras que me iban a aclarar el mundo de sombra en el que había vivido.

2. ANTECEDENTES

Partí de la nada. Aunque para entonces aún no lo sabía. Actué a ciegas dirigido por mi inconsciente y mi memoria automática. Vine a descubrirlo unos cincuenta años después cuando fui invitado por la

maestra de una escuela de un barrio marginal pobrísimo para hablarles de poesía a sus alumnos del segundo grado de primaria. En aquella ocasión pregunté a aquellos niños si alguno sabía de memoria un poema; un chico con un rostro achispado e inteligente levantó la mano y comenzó a decir un poema de José Batres Montúfar titulado “Yo pienso en ti”. Cuando vine a darme cuenta estaba también repitiendo de memoria al lado de él. Había pasado cincuenta años escondido en mí.

A partir de aquel día comencé a recordar. Ocurrió que a la edad de siete años, quién sabe por qué, la maestra del primer año de primaria (grado que cursaba) decidió que para la celebración de la clausura de labores anuales representaría a la clase y recitaría, de memoria, un largo poema romántico de Juan de Dios Peza. Pasé semanas aprendiendo aquellas letras y aquellos ritmos; sin saberlo, la musicalidad de la palabra hecha poema estaba taladrando con un cincel, mi inconsciente. Ahora comprendo que la maestra me escogió para aquella teatral tarea, porque sabía que yo leía desde la edad de cuatro años.

Desde entonces mi oído se empezó a saturar de un ritmo que provenía de un conjunto de palabras que no se habían quedado sólo en mí memoria consciente sino procedían de lugares más profundos. Conforme me fui aprendiendo aquel largo poema, me fui habituando al ritmo del texto pero también al de las notas que estaban detrás de él.

A esa edad ya conocía el pentagrama y los sonidos de las notas que se escriben en él; ya podía solfear. A mi madre se le ocurrió, quién sabe por qué, que antes de cumplir los siete años debería inscribirme en el Conservatorio Nacional de Música porque consideraba que sería un excelso pianista. Conducido por el maestro Antonio Vidal aprendí a solfear y a leer música, pero también, a saber oír la cadencia de un conjunto de sonidos que salían de mi boca a través de la memoria auditiva.

También entendí, sin comprender por qué, que las palabras tenían su propio ritmo, como si fueran un conjunto de sonidos, pero que además esas palabras significaban el mundo que me rodeaba. El ritmo era lo que les daba coherencia y sentido. Empecé a hablar con dichos

y refranes, tal como lo hacía mi abuela, porque el ritmo de cada uno de ellos era distinto, y a la vez, le daban un sentido metafórico al conjunto de palabras.

Así llegué a un texto escolar que fue fundamental y decisivo para mí. Se titulaba *Preceptiva literaria* y su autor era un maestro extraordinario que se llamó Enrique Muñoz Meany. Tenía once años y cursaba el quinto curso de primaria y no tenía la más mínima idea de lo que significaba la palabra literatura. Con aquel libro de texto me sumergí en un mundo de imágenes empalabradas. En él leí de corrido a Sor Juana Inés de la Cruz y me aprendí de memoria, para siempre, ese madrigal que cincuenta años después repetiría de memoria al lado de un niño de una escuela primaria, de un poeta muerto en 1844, y que aún recuerdo claramente:

Yo pienso en ti, tú vives en mi mente
sola, fija, sin tregua, a toda hora,
aunque tal vez mi rostro indiferente
no deje reflejar sobre mi frente
la llama que en silencio me devora.

Aquel año leí trozos de Fray Luis de León, Francisco Quevedo y Rubén Darío. Cuando terminó y cambié de grado olvidé aquello.

Ingresé a la educación secundaria a los trece años y mi vida dio un vuelco de 360 grados. Se inició la aventura incontrolable.

Vivía en un inmensa casa de diez dormitorios, dos salas, tres baños, dos terrazas, dos escritorios. Es decir, un lugar para esconderlo todo y para encontrarlo todo. Así descubrí y leí mi primer libro de poesía.

Ocurrió que mi padre abandonó a mi madre cuando yo tenía menos de tres años. Olvidó muchas de sus cosas. Entre ellas un libro de poesía titulado *Rosas negras*, de un poeta colombiano cuyo seudónimo era Porfirio Barba-Jacob. Quién sabe cuántos años ella lo mantuvo escondido en una vieja marquesa. Por mi parte me aficioné a registrarlo todo en aquella casa para buscar dinero y robarlo. Así me topé en una ocasión con aquel viejo libro. Había sido editado en 1933, cuatro años antes que yo naciera. Mi primer impulso fue dejarlo

donde estaba porque aquello no me interesaba, pero la portada me atrajo: era una mujer desnuda. Cuando descubrí que eran poemas a mi vez lo escondí. Pasaron varios meses hasta que un día lo encontré sin querer. Fue entonces que descubrí la poesía. Lo leí de cabo a rabo. Cuando lo terminé sabía de memoria:

Yo soy Maín, el héroe del poema,
que vio, desde los círculos del día,
regir el mundo una embriaguez y un llanto.

Sin embargo, habrían de pasar otros siete años para que en una ocasión inesperada iniciara mi propio camino por la palabra. En aquel momento lo que me urgía era vivir intensamente. La aventura, la mujer, el sexo, el licor, la parranda habrían de ser los prolegómenos de mi encuentro definitivo con el poema.

3. EL OFICIO

El oficio de poeta es una pasión. Una pasión es un impulso inconsciente. Ese impulso está profundamente ligado a la memoria afectiva y ésta, como dijera Elías Canetti “es propia del artista. Y sólo las dos juntas, memoria afectiva y memoria intelectual hacen posible al hombre universal”. Esta unidad se produce en un verdadero poema. ¿Qué quiero decir con esto? Que es el sentimiento, la enervación del sentimiento que no controlamos con los sentidos sino que viene de más hondo, del espíritu que arde dentro de uno, el que constituye el fundamento y el sedimento del poema, pero que solamente al ser captado y sintetizado por el intelecto, se convierte en un discurso que lleno de imágenes y metáforas, reinventa el mundo y llena de emoción y pasión a la realidad fría y discursiva.

Sin embargo, esto era totalmente ignorado por quien como yo, no tenía ningún conocimiento acerca de lo que un poema es. Solamente tenía, al comenzar el primer libro que decidí escribir, la voluntad de hacerlo. Es más, la férrea voluntad de hacerlo. Así que no pude.